

EL ENCANTADOR DIVINO

La **Nueva España**
desde la
Academia Mexicana
de la Lengua



Arturo Azuela
José Pascual Buxó
Gonzalo Celorio
Gustavo Couttolenc
Salvador Díaz Cíntora
Margit Frenk
Margo Glantz
Jaime Labastida
José Luis Martínez
Carlos Montemayor
Esteban Julio Palomera Quiroz



Primera edición: 2013

D.R. © Academia Mexicana de la Lengua
Liverpool 76, Col. Juárez
México, D.F. 06600
info@academia.org.mx
www.academia.org.mx

D.R. © Todos los textos son propiedad de sus autores

ISBN: 978-607-95-7711-7

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Jaime Labastida

El conjunto de textos que el lector tiene en sus manos pone en relieve el carácter rico y plural de la Academia Mexicana de la Lengua. Aun cuando todos ellos tengan como referente obligado la cultura y la lengua de la Nueva España, se podrá advertir la diferencia de temas que preocupa a los académicos mexicanos, así como los varios enfoques teóricos con los que cada uno asume su labor. En el libro se presentan desde trabajos de orden estrictamente lingüístico hasta ensayos de orden literario y filosófico. En todos priva el rigor. El abanico al que hace referencia va desde el siglo XVI hasta el XVIII. Acaso, desde antes, en la medida misma en que también se hace referencia a las lenguas y las culturas amerindias de México.

Ésta es una de las varias antologías que nuestra corporación ofrecerá al público lector. Por ejemplo, se encuentra en prensa un conjunto de ensayos en los que los académicos examinan, desde ángulos dispares, la arquitectura verbal que constituye el fenómeno poético.

Fruto de las lecturas estatutarias que en cada sesión plenaria los académicos tienen obligación de rendir ante sus pares, este libro muestra el trabajo cotidiano que en el seno de la Academia se desarrolla. Abarca varios años de labor.

La corporación tiene como su objeto principal de estudio y de desarrollo, desde luego, la lengua española. Pero la lengua española como se habla y se escribe en nuestro país, o sea, el dialecto mexicano del español. Por lo tanto, la Academia Mexicana de la Lengua está en la

obligación de examinar también los aportes que otras lenguas han hecho a nuestra forma de habla y de escritura. Ni puedo ni debo hablar de cada uno de los estudios que este libro recoge; sólo, por la razón antes expuesta, diré unas palabras sobre el trabajo, acaso insólito en nuestra cultura, de Salvador Díaz Cíntora, que se ocupa de ciertos arambismos propios de México.

Si es verdad que en el español general hallamos un alto porcentaje de voces que provienen de la lengua árabe y que se esparcieron desde la península al orbe entero de la lengua española, no es menos verdad, aun cuando no sea conocido de modo suficiente, que hay algunas voces que provienen del árabe y que sólo tienen por asiento nuestro país.

Lo propio se puede decir de las lenguas amerindias, que han proporcionado un caudal de voces nuevas al español común. El fenómeno es de sobra conocido: las primeras voces que los españoles oyeron en las islas del Caribe entraron, por la vía del asombro, en nuestra lengua. Palabras como *canoa*, *cacique*, *huracán*, *maíz* o *hamaca* cobraron carta de naturaleza en el español universal. Nuestro país donó al mundo otras voces, igualmente universales, como *chocolate* y *tomate*. Pero aún hoy se incorporan a nuestra lengua voces nuevas. Por ejemplo, la voz quechua *cancha* se usa ya en el español de todo el mundo para designar un campo deportivo.

Acaso lo más importante que debe destacarse sea este hecho: el castellano, la lengua hablada en una pequeña porción del territorio peninsular, se convirtió en *español*, una lengua universal, cuando cruzó el Atlántico. El castellano fue la *lingua franca* en la que se hablaron catalanes, vascos, gallegos y castellanos en esta orilla del Atlántico. Fue también la *lingua franca* en la que los colonizadores se hablaron con los pueblos amerindios. Pero fue, lo es por supuesto todavía, la *lingua franca* en la que se comunican los pueblos amerindios entre sí.

El español es una lengua hablada por más de 450 millones de personas. Está disperso en todos los continentes, desde Europa y África hasta Asia, alguna isla de los Mares del Sur y en las Américas. Noventa por ciento de los hablantes de español vive en el continente americano. La península ibérica aloja tan sólo 8% de los hablantes de español en el mundo. México, en cambio, tiene a la cuarta parte de

los hablantes de español: uno de cada cuatro hablantes de español es mexicano o tiene por origen a México. La influencia del dialecto mexicano del español en la Unión Americana es superior a la posible influencia del inglés en el español de nuestro país. Tal vez baste con señalar que más de siete millones de personas de habla española habitan ahora en la zona conurbada de Los Ángeles, California, mientras que nada parecido acontece en México con hablantes de la lengua inglesa. Los hispanoparlantes en Estados Unidos constituirán pronto la primera minoría. Hacia mediados del siglo XXI habrá en Estados Unidos alrededor de 100 millones de hispanoparlantes.

El español es, por lo tanto, una lengua universal, una de las cuatro o cinco lenguas más importantes de nuestro planeta. Entre las más de cuatro mil lenguas que se hablan en el mundo, apenas unas ocho decenas disponen de escritura (sin que importe que sea alfabética, pictográfica o ideográfica). Sólo unas cuantas de esas lenguas poseen una gran literatura. El español ha recibido 10% de los Premios Nobel de Literatura otorgados desde 1901.

Ese español universal, que se empezó a forjar en Castilla pero que se hizo una lengua del mundo en las carabelas y en esta orilla del Atlántico, es el español que la Academia Mexicana de la Lengua estudia, sobre el cual trabaja, al que ama y le dedica todos sus esfuerzos. Espero que este libro contribuya a despertar y a acrecentar el mismo amor entre todos los mexicanos.

LOS NAVEGANTES PORTUGUESES (SIGLOS XVI Y XVII)*

Arturo Azuela

En una investigación heterodoxa, imaginativa, antes de la descripción de vidas y viajes de navegantes portugueses, antes de las especias y Marco Polo, de la última Tule y los mitos de islas desconocidas o monjes en busca de tierras de promisión, fui primero a un glosario de términos náuticos. Pesaba más la poesía que los hallazgos objetivos. Me detuve en *barlovento*: la dirección en que sopla el viento; en *abor*: mirando hacia la *proa* desde la *crujía*, en la *deriva* como una forma de abatimiento, y en *espiar*: jalar un barco hacia su punto de amarre.

El tema era atractivo: el auge y decadencia de los navegantes portugueses, ya muy estudiado desde ángulos convencionales, pero ahora con inéditas y desconocidas fuentes de información. Había muchas piezas de un rompecabezas complejo. Primero era necesario detenerse en el cristianismo de san Pedro, no en las emociones sobre un hijo de Dios crucificado, y estudiar las formas de poder que, en el Renacimiento, la Iglesia había enseñado a muchos de sus hijos, fanáticos que superaron a los hombres de las cruzadas, ávidos de tierras, oro, mujeres, especias. Llevarían la fe a los infieles de color, su gran disculpa, su gran pretexto para asesinar, devastar y apresar.

O quizá podría empezar por el otro cabo, ni más ni menos que por el archipiélago Juan Fernández, ahora que estaba en tierras chilenas,

* Texto leído en la sesión ordinaria del 28 de mayo de 1998, Academia Mexicana de la Lengua, *Memorias*, t. XXVII (1997-1999), México, AML, 2004, pp. 274-282.

y aquí, desde Concón, imaginar a su propio Robinson Crusoe; hacer un homenaje al trabajo, como diría Malraux, al releer el libro de Daniel Defoe, insistir en las grandezas y miserias de la técnica, del *Homo faber*, del constructor acompañado de su Viernes, un Robinson dominador de la naturaleza pero descendiente de los antiguos piratas ingleses y de los más fanáticos representantes de las iglesias de Calvino y Martín Lutero.

También podría escudriñar por el sur, más allá de Concepción, de Puerto Montt, de Punta Arenas, y detenerme en la región de Magallanes, el gran loco que murió, al servicio de España, en el primer gran viaje de circunnavegación. Soñó que el gran mural de una geografía histórica estaba completo y recordó aquellos años de oro en la Biblioteca John Carter Brown en Providence, Rhode Island; ahí estaban las cartas geográficas, la descripción del astrolabio y las bitácoras de navegantes legendarios. Dos siglos extraordinarios, el xv y el xvi, se presentaban ante las pupilas inquisitivas del estudioso del mar y sus misterios.

No podría olvidar el gran tema de *El agua y Leonardo da Vinci* mucho menos las obras de Copérnico, Regiomontano, Tycho Brahe, Kepler, Galileo, o la no menos importante *De Re Metallica*, del protestante George Bauer; iría, pues, de las técnicas medievales y renacentistas, de la transformación de instrumentos en campos, minas y mares, a las nuevas concepciones del universo, a las órbitas elípticas y las cartas astrológicas.

Extraordinario tema el de la cosmografía, reto de matemáticos y filósofos de la naturaleza; desafío de grandes consecuencias: el estudio de la Tierra y de los cielos, la unidad de la armonía del universo y la dependencia de los fenómenos en la ecumene. Y en primera línea, el papel de las matemáticas en la ciencia moderna, la que iría de una retórica elemental, en 1500, a la sincopada de mediados del siglo, para llegar a la simbólica, en 1600. Un juego matemático que, de acuerdo con Pitágoras, se uniría plenamente al estudio y al dominio de la naturaleza.

Además, habría otro tema que sería extraordinariamente atractivo: la decadencia del Mediterráneo, el lento abandono de aquel mar de los antiguos. Y después, con muchos datos a la mano, iría a la irrup-

ción de las Columnas de Hércules, a la importancia de Sevilla, Cádiz, Gibraltar y Lisboa; seguiría con las rutas de las telas orientales y las piedras preciosas, las embarcaciones hacia las Azores y las Islas Canarias, al oeste de África y las costas de la India, a todas las rutas que ofrecía la infinitud del Océano Atlántico.

Poco a poco, al recordar a Alfonso Reyes en *Última Tule*: “América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladoría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso para trascender los límites”; al homenajear a Edmundo O’Gorman: “Toda la algarabía asiática se convierte, ante el oro de aquella evidencia deslumbrante, en eso: en algarabía, en palabra vana, en cobre...; lo cierto es lo otro; lo cierto es esa revelación deslumbradora de la existencia de unas tierras desconocidas, de unas tierras incógnitas sepultadas desde la creación en el secreto misterioso del Mar Océano; tal es el ‘hecho’ histórico [...]”. Sebastián [Elcano] puso al fin en orden las ideas y los papeles, y se fijó un trazo preciso y transparente: primero una línea cronológica de Enrique *el Navegante* a los tiempos de los intrusos, de piratas y primeros viajes con esclavos; se detendría en el gran descubrimiento del XVI: el descubrimiento del mar. Existían pasos marítimos continuos de un océano a otro; todos los mares del mundo eran uno y sólo uno.

Desde luego que, en virtud de sus pasiones, el estudioso se permitiría licencias, ires y venires, juegos de la imaginación y datos que fueran más allá de las evidencias comerciales y de las formas de explotación.

Más allá de los usureros, de los arbitrajes papales, de la bizarra división del mundo, se detendría en el contenido ideológico de la política como algo profundamente religioso. Así pues, ya listo el bisturí, las tijeras, el borrador, la copiadora, los correctores, dejó que un experto escribano fuera también un buen consejero y que la más antigua pluma de ganso y tinta del corazón, hiciera de las suyas entre tantos manuscritos y el *mare magnum* de tantas ideas y sentimientos que, por primera vez, corrían el riesgo y los placeres de la gran síntesis de un fragmento tan atractivo de la historia del mundo, historia sin par de siglos de los hombres y las aguas; “mares, al decir de los histo-

riadores, que tienen una vida que sólo los poetas comprenden y sólo los eruditos conocen”.

Al llegar el siglo anunciado por Séneca en su *Medea* y descrito por Colón en sus diarios marítimos, el Mediterráneo se fue transformando en un mar solitario, aunque los poderes religiosos todavía habitaran muy cerca de sus litorales, pues al litigar entre los imperios de España y Portugal, primero se dictaría la bula de Alejandro VI, el 4 de mayo de 1493, trazo del famoso meridiano a cien leguas de las Azores y Cabo Verde y que separó los límites teóricos entre españoles y portugueses, y posteriormente, el 5 de junio de 1494, después de largas conversaciones diplomáticas, se aprobaría el Tratado de Tordesillas, por el cual se fijaría la frontera de ambos imperios en una línea trazada a 350 leguas al oeste de Cabo Verde. Al fin un pacto aparentemente desterraba las graves contiendas bélicas, el mejor medio de aquel entonces para dirimir las profundas discrepancias de límites terrestres y marítimos. En pocas décadas se anunciaría el gran territorio de Brasil, región de faenas para esclavos y tierra de promisión para mestizos y viejos aventureros en pos de una tranquilidad duradera.

La palabras de uno de los personajes de Séneca resultaron proféticas: “Vendrán años, en siglos venideros, en que el Océano abrirá sus puertas e ingente comarca dejará libre y abierta, y de los mares surgirán nuevos mundos; no será de las tierras, Tule, la última”.

Pero además, cuestiones de sensibilidades refinadas, habría secretos éxtasis de gastrónomos exigentes, de cofradías misteriosas, que transmitían sus placeres de una generación a otra, y sólo ellos sabrían los precios fabulosos que se pagaban ni más ni menos que por la pimienta, el clavo, la canela y la nuez moscada. En tierras del norte, además de las telas y las piedras preciosas, en París, en Amberes, en Londres, en Ámsterdam, en Brujas, las especias eran extraordinariamente cotizadas.

¡Las especias! ¡Benditas especias! Tantos trasfondos en el ancho mundo del buen yantar: carnes a la pimienta; infusiones de canela, condimento aromático; nueces moscadas del mejor fruto; el clavo, capullo seco de la flor del clavero. Y no olvidemos la importancia del jengibre en Inglaterra. Los apetitos, los refinamientos del paladar, las

exquisiteces de los grandes *gourmets* también se abrían y se enriquecían, en pleno siglo XVI, hacia las tierras de las Indias.

¿Y quiénes más conocedores y audaces que los navegantes portugueses, con sus costas de cara al Atlántico, con su bellísima Lisboa, para fundar empresas marítimas hacia las Azores y las Canarias, más allá de las siluetas índicas del mundo africano? La historia y la geografía estaban de su parte, aunque los españoles estuvieran de por medio: relatos de succulentas ganancias y de poder, de oro y de gloria.

Si en 1400 los navegantes ibéricos jamás perdían de vista la tierra y procuraban jamás alejarse de ella; si todavía los hijos del Mediterráneo le tenían muchos temores al mar abierto, un siglo después, en 1500, navegantes y aventureros, con sus nuevos cálculos, la construcción de nuevas naves, el compás y la aguja magnética que los árabes habían obtenido de los chinos, los estudios sobre las constelaciones, ya en mar adentro, entre tantas novedades, podían soñar en las grandes fortunas que les ofrecían las rutas recién descubiertas.

Si se intensificaban las conquistas y la evangelización en archipiélagos y litorales, también san Pedro los acompañaba, el fundador, la primera piedra, los poderes terrenales para llegar a la salvación final, al encuentro definitivo con las llaves del reino. De pronto, con lentitud, nuestro historiador se salió del guión y caminó hacia la terraza para ver, allá abajo, una esquina de la caletilla de san Pedro, ni más ni menos que el patrón de los pescadores de Concón, el guía, el maestro, el gran pescador que señalaba el rumbo para dominar el Pacífico y el más indicado para comunicarse con el creador.

Estiró los brazos y respiró hondamente; todavía su espíritu estaba muy lejos de su cuerpo, aunque afortunadamente tenía la fuerza de voluntad para aislarse por unos minutos y poder hacer su recuento sobre aquellas atractivas rutas de navegación. Pensó que la lista de los navegantes portugueses era larga y plagada de crónicas de muy diversa naturaleza; no sólo había entre ellos megalómanos y aspirantes a la santidad, sino enemigos del Mediterráneo, defensores de la Lisboa de corona católica, pendencieros y comerciantes, asesinos de infieles y con alas hacia otros océanos, y señores del trueque y del comercio a lo largo de las rutas que iban de Cipango al Cabo de Buena Esperanza.

Al volver a la hoja en blanco, se concentró en una lista en verdad asombrosa: entre ellos estaban Enrique *el Navegante*, Diego Cíao, Bartolomé Díaz, Pedro Álvarez Cabral, Juan Díaz de Solís, Francisco de Almeida, Alfonso de Albuquerque, Fernando de Magallanes y Vasco da Gama. Era evidente que muchos de sus biógrafos habían ido más allá de las fronteras de la realidad; allí estaban los ejemplos históricos de Antonio Pigafetta y Luís Vaz de Camões, en cuyas páginas nos van mostrando cómo el Mediterráneo se transforma en un gran lago superior, y los descendientes de aquella anciana marina del mundo antiguo, aquella *alma mater* que iba de Suez a Constantinopla y de las costas de Gibraltar a las de Egipto, también recibía extraordinarios impulsos del exterior para expulsar a sus hijos hacia los nuevos mundos que les ofrecían a manos llenas el Atlántico y el Índico.

Dicen que Enrique *el Navegante*, en 1430, abandonó definitivamente el Mediterráneo y que, cumpliendo con sus obligaciones de Gran Maestre de la Orden Cristiana, luchó, con toda su imaginación y sus poderes terrenales, contra la supuesta maldad de los infieles; desde luego que conocía muy bien los antecedentes históricos de las enseñanzas de Ptolomeo y las tácticas árabes en materia de navegación; además se hizo experto en la construcción de naves y tuvo siempre en mente la exigencia de que en cada viaje fuera siempre un misionero. Ya, a mediados del xv, con el declive del Mediterráneo, Italia se desmembraba en una docena de Estados independientes y los turcos serían la gran potencia del *Mare Nostrum*. Todavía España, por un siglo más sería la otra rival por aquellas costas musulmanas y cristianas.

Dicen los historiadores optimistas que don Enrique no sólo era calculador y noble, sino un hombre de acción y sobre todo un gran soñador; quería reconquistar el Santo Sepulcro y luchar contra el peligro musulmán; por la vía marítima del sur, por las costas africanas, llegaría a dominar no sólo las riquezas materiales sino “el reino cristiano del Preste Juan de las Indias”.

En el legendario príncipe portugués se sintetizaban muchas utopías de los primeros cristianos, los mitos que habían descubierto tierras distantes; la magia de la palabra y la imaginación; eran palabras generosas, don profético de los poetas. Ya Platón, en el “Timeo” había recogido el mito de la Atlántida —una isla tan grande como Asia

y África juntas y que, un día y una noche, anegada desapareció en un diluvio—, mito olvidado mientras renacían otros recuerdos de leyendas marinas. No faltaba la presencia de un tal san Brandán: con 75 monjes salió por las aguas de Occidente; visitaron islas desconocidas, anclaron sobre el lomo de un pez que creyeron islote y, por fin, al cabo de siete años de navegar, toparon con la tierra soñada, la que alumbraba un sol de eterna luz, con el fértil paisaje de árboles espléndidos cuajados de frutos.

Años más tarde se filtraría otra influencia mítica ligada a las leyendas cristianas: la isla Antilla, recuerdo para algunos del mito de la Atlántida, isla ignota, lejana, país de siete ciudades que el cosmógrafo Toscanelli ubicaría a 50° de Cipango. Mucho antes de Colón, de Vesputio, de Vasco da Gama, los mitos también se habían inmiscuido en la resurrección de los alquimistas por las tierras de los nuevos mundos; ahí estarían el elixir de la existencia o la fuente de la eterna juventud.

Además, el mito de El Dorado iría unido al ansia de lo maravilloso, la sede del paraíso terrenal en el Nuevo Mundo, una supuesta revelación hecha en el Génesis. Bien había dicho Pico de la Mirandolla al resumir las creencias de los renacentistas sobre la dignidad del hombre: “Te he colocado en medio del mundo para que puedas mirar más fácilmente a tu alrededor y ver todo lo que contiene. Te he creado como un ser ni mortal ni inmortal, simplemente para que puedas moldearte y conquistarte. Puedes elevarte hasta llegar a ser una criatura divina”.

Detrás de estas palabras no sólo están los mercaderes y los usureros, sino también los horoscopistas y los alquimistas, los nigrománticos y los numerólogos, ese charco hediondo de charlatanes y supuestos lectores del destino de la humanidad.

La expansión de Europa, el eurocentrismo, con sus magos y sus filósofos, sus matemáticos y sus ingenieros hidráulicos, también iba acompañado de mitos antiguos; con sus crueldades y martirologios, con sus historias naturales y peregrinas, las acciones de navegantes y conquistadores revivieron la sugestión del símbolo, el recuerdo misterioso de la tradición y el atractivo poético de la leyenda. Por cierto que el lenguaje, o más bien dicho los avances de las lenguas roman-

ces, también será otro tema fundamental del Renacimiento. En muchos aspectos, la palabra irá de un continente a otro y también echará raíces muy profundas en el Nuevo Mundo.

Con todos estos antecedentes, en una esquina de Europa bañada por el mar, hace más de cinco siglos Lisboa se preparaba para ser la soberana de los océanos. En el siglo xv, los exploradores no buscaban todavía tierras nuevas, sino rutas nuevas para llegar a costas ya conocidas; proceso de ensayos y errores, lento y de muchas tentativas, limitado en un principio al Atlántico oriental. A los valores de la esperanza se sumará el valor conjunto de las verificaciones; entonces irrumpirán los navegantes hacia todos los rumbos.

Con sus grandes litorales, su población de pescadores y marinos, su poderosa clase comercial, Portugal tenía un destino histórico, la verdadera cruzada de la nueva Europa: el ataque por mar a la ciudad de Ceuta en 1415, ataque de gran resonancia por todos los mundos de la cristiandad occidental. Un Estado Europeo, con todas las armas de los intrusos y la misión de Dios en la Tierra, emprendía la defensa y administración de una posesión ultramarina en territorio árabe. Dios confiaba en los europeos y las finanzas se abrían hacia insospechados horizontes; la misma cantaleta de siempre. Se pasaba, así lo indican economistas, politólogos y sociólogos, de una fase medieval a la moderna, aunque hubiera muchos otros trasfondos, a “una lucha general para llevar la fe cristiana y el comercio y las armas europeas alrededor del mundo”.

¿Por qué no fueron chinos o árabes o incluso polinesios los que se anticiparon a Enrique *el Navegante*, Vasco da Gama o Fernando de Magallanes? ¿Por qué los navegantes portugueses, en casi dos siglos, fueron los amos y señores de la mar oceánica? Además de cuestiones obvias: capitales para las grandes empresas, espíritu de aventura, aprendizaje de técnicas bélicas, estos hombres de acción poseían conocimientos de geografía y cosmografía; tenían un celo religioso que les imponía la obligación de hacer proselitismo y se creían con el pleno derecho de conquistar territorios. Tenían la bendición del creador y la soberbia de sus conocimientos.

Hasta Lucifer era su cómplice y, por lo tanto, ellos creían que todo estaba de su parte. Las enseñanzas y las luces de san Pedro eran su

mejor guía. Para asombro de muchos, quizá como ningún otro pueblo, aprendieron con maestría la práctica de la exogamia; aprendieron, al conquistar a otros fieles, el ejercicio de contraer matrimonio con mujeres de muy distintas tribus. Decían que una negra cautiva otorgaba buena suerte. Afirman los entendidos que llegaron a tener espléndidas relaciones conyugales; no importaban pieles, pupilas, lenguas, dando lugar a una descendencia cada vez más heterogénea. ¡Qué gran lección, de trascendencia universal para teutones y sajones!

La buenaventura de estos exploradores no sólo va acompañada de mitos y alegorías, de recuerdos de argonautas y predestinaciones astrológicas; nadie niega que la ciencia, la técnica y la buena administración eran fundamentales. Sin embargo, lo que en un principio fueron virtudes después serían vicios: enemigos que tenderán a su destrucción.

La kábala, con sus enigmas insondables, también se hacía presente. En otros aspectos, con el gran manto católico de la corona portuguesa, no ejercitaron la libertad ni la tolerancia, ni la discusión entre distintas creencias. Por lo tanto, por estos pecados, pagarían una penitencia de graves consecuencias.

Así, a lo largo del siglo xv, entre guerras de religión y disputas territoriales, en medio la persecución a los judíos y a los árabes, entre la corrupción que hacía la señal de la cruz y el dinero como nervio del Estado, nació a los cuatro vientos la fama de los navegantes portugueses.

Desde la proa a la popa, de babor a estribor, ciñendo el viento, entre una braza y otra, arriba las tiras de lona, los mástiles orgullosos, las crujías serenas, soberbios los espejos de popa, los navegantes miraban al Atlántico como si fuera su mar oceánica, y con éxtasis de visionarios.

CONTENIDO

Presentación	
<i>Jaime Labastida</i>	5
Los poetas neolatinos de México en el siglo XVIII y su contribución ideológica e histórica	
<i>Carlos Montemayor</i>	9
Nebrija en la Nueva España	
<i>José Luis Martínez</i>	23
Fray Diego Valadés, O. F. M., y su mensaje mexicanista a la Europa renacentista del siglo XVI	
<i>Esteban Julio Palomera Quiroz</i>	41
Los navegantes portugueses (siglos XVI y XVII)	
<i>Arturo Azuela</i>	55
El encantador divino (una loa y un autor novohispano del siglo XVIII)	
<i>José Pascual Buxó</i>	65
La magistral versión de Escobedo a Landívar	
<i>Gustavo Couttolenc</i>	91
De morales y morerías	
<i>Salvador Díaz Cíntora</i>	107
Doña Marina y el capitán Malinche	
<i>Margo Glantz</i>	133
El Cancionero de Gaspar Fernández (Puebla-Oaxaca)	
<i>Margit Frenk</i>	151

Épica y retórica del infortunio	
<i>Margo Glantz</i>	163
¿Filosofía o pensamiento mítico?	
<i>Jaime Labastida</i>	179
Escila y Caribdis de la literatura novohispana	
<i>José Pascual Buxó</i>	199
Juan Ruiz de Alarcón: una pequeña alegoría barroca	
<i>Gonzalo Celorio</i>	219
¿Pero hubo alguna vez una ilustración novohispana?	
<i>Jaime Labastida</i>	227